



J. Párraga
2001

Agustín Álamo y Álamo

Pregón del año 1995

Señoras, señores; amigos todos:

En la noche de los tiempos se pierde el origen de nuestras fiestas en honor de Ntra. Sra. de Las Nieves. Pero la vida no se para, y en este año de 1995, cuando faltan 5 años para terminar el siglo XX, nos disponemos a celebrarlas de nuevo.

Dice la Real Academia que "pregón" (del latín "praeconium") es la promulgación de una cosa, hecha en voz alta en los sitios públicos para que todos la sepan, y "pregonero" el que publica, divulga o hace notoria una cosa. En este caso de hoy, se trata de promulgar, publicar y anunciar las fiestas en honor de la Stma. Virgen de Las Nieves. Y el Sr. Alcalde ha tenido la gentileza de encargarme a mí este oficio, designación que yo le agradezco y que procuraré realizarlo de la mejor forma posible.

En verdad, habría que empezar por decir que las Fiestas de Las Nieves no necesitan ni pregón ni pregonero. Son tan conocidas, públicas y notorias que no hay ningún nacido en Agaete, ni nadie que lo conozca algo, que no sepa que nuestra Virgen es festejada por estos días. Entonces, más que pregonar, lo que voy a decir son unas reflexiones sobre la Virgen y sus fiestas.

Deliberadamente, no voy a desarrollar unos apuntes históricos ni sobre Agaete, ni sobre sus fiestas, ni sobre la Virgen. Todos conocen esta historia y desde este oficio de pregonero, personas ilustres por sus conocimientos históricos la han expuesto magistralmente.

Mi trabajo consiste en exponer las vivencias y experiencias de la devoción a la Virgen y de sus fiestas en mi niñez y juventud (coincidiendo, como es natural, con las de tantos paisanos aquí presentes), para revivir todos juntos lo que ha supuesto la Virgen de Las Nieves para nosotros.

Y sin más, entro en materia. Para nosotros, los de Agaete, la Virgen y sus fiestas han sido connaturales. Formaron parte de nuestro ser y de nuestra evolución.

Para nosotros, los de antes, la Virgen de las Nieves no la trajo ni la pintó ningún ser humano, ni menos vino de Flandes. El cuadro de la Virgen fue pintado seguramente por ángeles y colocado misteriosamente en aquella cueva, en-

tre el Roque Partido y Guayedra, inaccesible a todos; nunca se supo de nadie que hubiese entrado en ella. La veíamos, diluida en la oscuridad, la lejanía, el misterio, y sólo sabíamos que en ella anidaban muchas palomas porque las veíamos revolotear por los alrededores.

Pero todos estábamos ciertos que unos pescadores o unos cazadores penetraron en ella hace muchísimos años y que allí encontraron el cuadro de la Virgen, trayéndolo hacia la playa. No lo pudieron llevar al pueblo porque el mismo cuadro se resistió, de modo que nadie podía moverlo, y hubo que levantarle una pequeña ermita cerca de la playa. Tampoco sabíamos por qué se llamaba de Las Nieves ni quién le puso ese nombre. Se llamaba así y bastaba. Y como niños, vivíamos ilusionados con que vinieran las fiestas, para ver los papagüevos, para jugar a la ruleta, para comprar turrón y, sobre todo, para estrenar un vestido y unos zapatos nuevos. Sentíamos que hubiese tantos voladores y tracas y, a veces, hasta me escondía debajo de la cama, lleno de pánico por el ruido de la traca.

Voy a decir algo que seguramente no está en los libros de historia pero que yo recuerdo en la nebulosa de mis pocos años. Debía tener 6 ó 7 años, cuando rondaban por nuestro pueblo unos hombres con escopetas. Estos hombres fueron a la iglesia, subieron a la azotea y a la torre y se corrió la voz de que pensaban quemar el templo. Todos los de "Vegueta" (entre comillas), estábamos terriblemente asustados y escondidos en nuestras casas. Entonces, mi tía paterna Jesús Álamo Nuez, única superviviente de mis antecesores paternos, y que todavía vive rondando los 90 años, aunque con buena memoria porque hasta el domingo pasado me lo recordaba, tuvo la valentía de entrar en la casa parroquial y apoderándose de los dos cuadros laterales del tríptico y de los dos ovalados de los donantes, los envolvió en unas sábanas y con gran astucia y disimulo los sacó de la casa parroquial, los llevó a la casa de mis abuelos paternos y los escondió debajo de una cama. Más tarde le pareció que aquel no era un sitio muy digno y los cambió de lugar poniéndolos detrás de una cortina tras la cual mi abuela guardaba la ropa. Y allí estuvieron, hasta que, pasado el tiempo oportuno, fueron devueltos a la iglesia.

Por supuesto, a nosotros los chiquillos no nos los dejaban ver, pero siempre nos enterábamos de algo. En cuanto al cuadro de la Virgen, al parecer, nunca salió de Las Nieves, pero unas señoras se pusieron a vigilarlo, haciendo ver que habían ido a la ermita a limpiarla y a ponerse a coser junto a la puerta.

Después ya más tarde vinieron los historiadores y empezaron a descubrir el velo del origen del cuadro. Pero para nosotros los agaetenses, al menos para mí, en mi corazón y en mis afectos, la Virgen fue pintada por los ángeles y aparecida en su cueva de siempre. Y sabíamos también que cuando alguien

quiso hacer una imagen como se dice, de bulto, para sustituirla por el cuadro, nunca llegaba a obtenerla porque se le rompía y deshacía en su intento.

Y así la comenzamos a venerar desde nuestra niñez, marcada por el conflicto bélico de nuestra patria. ¡Cómo recordamos aquellas rogativas en que sacábamos a la Virgen, pidiéndole la paz de España! ¡Cómo recordamos las manifestaciones que se organizaban en el pueblo en cada conquista de algún lugar de la Península, y que terminaban en la ermita de Las Nieves! ¡Cómo recordamos la llegada de los combatientes, la llegada de excautivos, la noticia de algún muerto en las batallas, las lágrimas de los familiares! ¡Cómo nuestros abuelos colocaban en las carteras de sus hijos que se iban a la guerra, la estampa de la Virgen! ¡Cuántas veces acompañábamos a nuestros familiares en las visitas frecuentes a la ermita, y como niños observadores, nos fijábamos en aquellos ojos lacrimosos que pedían a la Virgen el retorno sano y salvo de los ausentes; cómo la Virgen se detenía ante las ventanas de los enfermos, casi siempre de la tuberculosis, secuela del hambre de las guerras; cómo llegaban a sus plantas, sangrantes las rodillas, los devotos que tenían algo que pedir o agradecer a la Virgen Santísima de Las Nieves. Nosotros hemos comprobado a la par que crecíamos, cómo estaba arraigada en el corazón de nuestros abuelos y padres esta santa devoción. En sus rodillas oímos contar, blanca como un cuento de hadas que halagaba nuestra infantil imaginación, la leyenda ingenua del cazador de palomas que encontró su imagen bendita en las profundidades de la cueva. En nuestras idas a la playa mirábamos siempre con curiosidad y misterio hacia aquella cueva abierta entre el mar y la tierra. Nosotros hemos oído contar aquellos relatos de los milagros de la Virgen que unas veces detenía una tempestad y otras llevaba hasta el puerto seguro al infeliz naufrago desorientado en las tinieblas de la noche oscura y tormentosa. Hemos oído aquellas coplas en que se pedía a la Virgen, con ingenua forma:

"Virgen de las Nieves,
extiende tu manto
y dile a tu Hijo
que riegue los campos.
Las flores se secan
el trigo no nace
y los animales
se mueren de hambre".

o aquella otra, con ocasión de unas grandes lluvias:

"Virgen de las Nieves
mira pal barranco
que pa llevarse el puente
faltó sólo un tranco".

Después surgieron años más normales. El momento más fuerte era el 5 de agosto: la Misa de los peregrinos en la ermita. Desde el año 1954, casi al año de ser ordenado sacerdote, me tocaba a mí, casi por obligación, cantar esta Misa acompañado de tantos cantores que ya no viven en este mundo, interpretando con toda el alma la Misa de Fa Bordón y confieso siempre esa Misa me hacía derramar lágrimas por tanta emoción. Después venía la salida de la Virgen. Era (y es) un momento que es necesario vivirlo. Las Peñas, La Majada, S. Sebastián, La Villa arriba se descolgaba toda, y se reunía en las afueras de la iglesia para verla subir. ¡Es todo un pueblo que vibra y que tiembla! ¡Es toda una gente, es toda una raza, es toda una sangre que hierve al recibir a la Virgen! ¡Oh el recibimiento de la Virgen de Las Nieves! ¿Habría alguien que no lo sienta? Es un momento que mantiene en suspenso el alma del pueblo.

Desde el instante en que la Virgen sale de su ermita, se va siguiendo, paso a paso, el caminar de la Señora. Y los que vienen llegando nos van dando noticias: ¡Ya salió la Virgen! ¡Ya viene por la Torre! ¡Ya está llegando a las Candelarias! ¡Ya va a llegar a la Tronera! Y la gente se va notando nerviosísima. Va creciendo, creciendo la expectación. ¡Ya viene la Virgen, en aquel histórico y hermosísimo trono blanco, cargado a hombros de los Reyunos esforzándonos en descubrir sus torretas por entre los árboles de la carretera! ¡Ya sale S. José! Y tiene lugar el encuentro emocionante de los dos esposos, el saludo devoto e ingenuo en que los dos tronos se hacen reverencias e inclinaciones. Y por fin, la llegada al pueblo, al puente, a la plaza, a la iglesia, y el fervor del pueblo de Agaete explota hecho fuego, traca, atronadora y vibrante; hecho lágrimas, aplausos, vivas, aclamaciones y sangre enardecida.

¡Ven, Señora, ven, que tus pasos han sido siempre más fecundos que la lluvia sobre los campos secos y que el sol que fecunda la humedad!

¡Ven, Señora, que te necesitamos y te esperamos!

¡Ven, Señora, que los días más felices de Agaete son los que tú pasas en el pueblo!

¡Bienvenida, Señora de Las Nieves y Señora de los mares, Señora de las cumbres y Señora de las playas, Señora de los fríos y Señora de los calores! ¡Bienvenida Señora de Flandes y Señora de Canarias! Señora de conquistadores y Señora de colonos. Señora de Castellanos y de Guanches, Señora de Roma y Señora de Agaete, Señora de basílicas romanas y Señora de ermita marinera. Señora de Faneque y de Tamadaba, del Roque de Las Nieves y del Roque Partido, de Tirma y de las Arenas, del Risco y de Guayedra, de Agaete y del Valle, de las Peñas y de la Majada, del Tulmán y de los Llanos. Señora de todos los agaetenses, de los pescadores, de los labradores, de los que trabajan en los

diversos servicios, de los profesionales, de los mayores, de los jóvenes y de los niños ¡Bienvenida tú que llegas hasta nosotros envuelta en los misterios de historias castellanas y flamencas y de leyendas de aires de mar que besan tu orilla y susurran su eterna canción ante tu ermita!

¡Oh bendito pincel que trazó tu figura! ¡Oh bendita la nave, ¿dónde estará escorada? que te trajo hasta nuestra tierra! ¡Oh mil veces benditos los ojos que al abrirse por primera vez tu tríptico contemplan tu figura! En las pupilas de los ojos del cuadro de la Virgen de Guadalupe de Méjico, los actuales adelantos científicos han descubierto que en ellos está impreso lo que La Virgen vio en el momento en que el mulato Juan Diego extendió su tilma ante el Obispo; en ellas, agrandando las imágenes impresas, aparece el Obispo y sus acompañantes y las demás personas presentes. Yo pienso también, dándole alas a la fantasía, que los ojos de la Virgen de Las Nieves tienen grabados los cuatro siglos y medio de historia de nuestro pueblo desde que la trajo de Flandes el dueño del cortijo de Agaete, D. Antón Cerezo, para colocarla en la ermita que medio siglo antes había construido el conquistador Alonso Fernández de Lugo.

Dejemos volar a nuestra imaginación por las regiones de los sueños, y veamos misteriosamente congregados ante este cuadro a todos los pobladores de Agaete.

Ved ahí, a D. Antón Cerezo y a su esposa Sancha Díaz de Sorita; a los arrieros que trajeron el tríptico; a los cuarenta vecinos del Laguete de entonces. Ved ahí a los terratenientes y a los agricultores y pescadores; a nuestros tatarabuelos, bisabuelos y a todos nuestros antepasados. El cuadro de la Virgen es como un microfilm en el que están guardadas todas las gestas, todos los hechos, toda la historia de nuestro pueblo.

¡Aquí, en este cuadro, se encierran y se custodian todas las peticiones, súplicas, lágrimas, penas, alegrías, problemas, arrepentimientos, propósitos y hasta los pecados de todos los hijos de Agaete! No ha habido nunca una alegría que no le haya sido comunicada a Ella en una acción de gracias; no ha habido nunca una pena que no le haya sido expuesta a Ella en una lágrima; no ha habido nunca un problema que no le haya sido expuesto a Ella con una esperanza; no ha habido nunca un corazón pecador que al verla no se haya movido al arrepentimiento y se haya manifestado en un buen propósito que hizo sonreír a la Virgen.

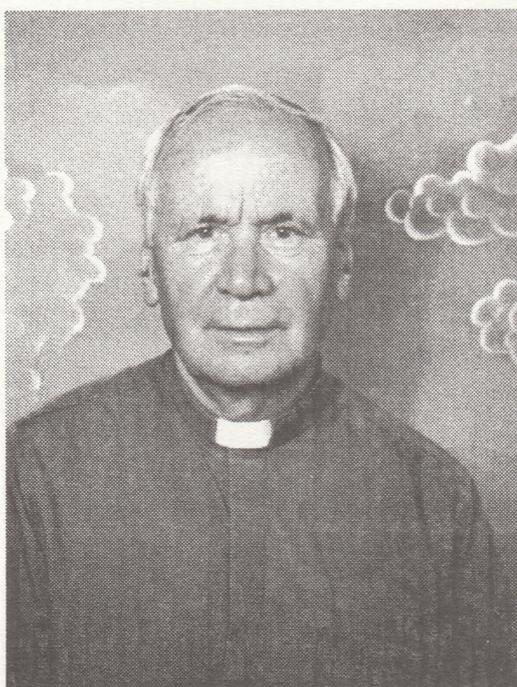
¿Quién será capaz de contar el número de rostros que la Virgen ha contemplado desde este cuadro? Si quisiéramos un día conocer con toda exactitud la historia externa de este pueblo y la historia íntima de sus pobladores, tendríamos que venir a este cuadro y extraer de él todos estos datos únicos de inapreciable valor.

El cuadro de la Virgen es como un misterioso magnetofón en el que se hallan impresas las voces de todos los hijos de Agaete y de cuantos han venido hasta él durante estos siglos. ¡Oh si fuese posible reproducir en este maravilloso magnetofón las voces de nuestros antepasados; oiríamos las aclamaciones, las alabanzas, los ruegos, las súplicas, los agradecimientos, los sermones, las Misas! ¡La Misa primera del Divino Cairasco que celebró ante él!

¡Oh cuadro de la Virgen de Las Nieves, que guardas como una concha al pueblo de Agaete! ¡Oh cofre, oh joyero donde se guarda, misteriosa y sublime, la historia cuatro veces centenaria de estas tierras!

¡Oh pueblo de Agaete, que a la sombra de la Virgen te has desarrollado, y a su sombra vives y creces! ¡Levántate! ¡Levántate a celebrar una vez más las fiestas de la Virgen de Las Nieves!

¡Pueblo de Agaete! Creo en tu destino y en tus posibilidades de alcanzarlo! ¡Yo he vivido junto a todas las edades y yo sé que en todos se encierra una fe fuerte como nuestro Roque, un ímpetu gigantesco como nuestro mar, un espíritu noble y alto como nuestros pinares! Yo pido a los responsables de mi pueblo, religiosos y civiles, puestos por Dios para ayudarlo en su desarrollo y su formación y en la solución de sus problemas religiosos y humanos (la participación, la vida comunitaria, la sanidad, el agua, el cuidado de la juventud) que se sientan animados a trabajar por Agaete, porque Agaete es un pueblo que responde. Y te pido a tí, Virgen de Las Nieves, que te dignes recibir un año más nuestras alabanzas, que las grabes en tu cuadro junto con las de todos nuestros antepasados y que un día, en el cielo te aclamemos con tanto ardor y entusiasmo, con tanto estrépito y coraje cada vez que pases junto a nosotros que tengas que decir con verdad: Ahí está el pueblo de Agaete, siempre tan estruendoso y atronador como la traca que todos los 5 de agosto explotaba en mi honor, que me hacía temblar en mi cuadro y asustaba a mi niño.



Agustín Álamo Álamo, nació en Agaete el veintiuno de febrero de 1929. Aprendió las primeras letras con su tío D. Juan Álamo Nuez, de tal modo que cuando fue a la escuela de D. José Bermúdez, ya sabía escribir y leer correctamente. Su pensamiento era ingresar en la Marina Mercante, pero se decidió a ingresar en el Seminario Diocesano de Canarias, para ser sacerdote. Aquí estudió cinco años de Humanidades, tres de Filosofía y cuatro de Teología. Amplió sus estudios en Madrid, y sobre todo en Roma, donde obtuvo la licenciatura de Teología, con especialidad en Teología espiritual.

Después de ordenado sacerdote el treinta de agosto de 1953, celebró su primera misa en la parroquia de Agaete, el día ocho de septiembre (día del Pino) del mismo año.

Después de su ordenación, dio clase en el mismo Seminario durante siete años. Luego comenzó su vida de párroco en las parroquias de Santa María del Pino de Las Palmas de G.C., San Ginés de Arrecife de Lanzarote (donde fue al mismo tiempo Vicario Episcopal de Lanzarote), San Agustín de Las Palmas de G.C. y de San Andrés de Arucas.

Durante su permanencia en la parroquia de San Agustín, fue Profesor de Teología Espiritual en el Centro Teológico de la Diócesis.

Actualmente, por su edad, está jubilado y reside en el Hogar de Sacerdotes Jubilados de Las Palmas de G.C.; desde aquí atiende como capellán a las Monjas Carmelitas del Monasterio de Santa Ana, de los Hoyos (Tafira Alta).